

Dos arcas «Namban» japonesas en el Museo Diocesano de Pamplona

FEDERICO TORRALBA SORIANO

La reciente «Europalia» celebrada en Bélgica y dedicada este año al Japón, ha mostrado entre sus muchas exposiciones, una, importantísima y bellamente instalada, de «Arte Nambán», aprovechando los amplios locales de los Museos de Arte e Historia de Bruselas. El contenido era abundante y bien seleccionado, mostrando las diversas maneras y tipos de obras que se produjeron en esa curiosa etapa del arte japonés. Es interesante hacer notar que este «arte namban» no debía de ser algo desconocido para nosotros, ya que, en el año 1981 se mostró una exposición de idéntico tema -que pasó bastante desapercibida- instalada en el Museo del Prado. Resulta curioso hacer notar que la exposición de Bruselas reunía una serie de piezas que provenían, fundamentalmente, de los museos y colecciones portuguesas que tan ricos son en esta clase de obras, y la de Madrid mostraba, en cambio, parte de las colecciones del museo especializado en el Japón, el Bunkakan, de Osaka.

Durante el llamado período Momoyama fue cuando se dio uno de los más curiosos y exóticos aspectos del arte japonés: el que llamamos «arte nambán» que servía de tema a las dos exposiciones antes citadas: arte que, en general, se hizo tomando temas occidentales en asuntos, símbolos, escenas históricas, etc.. Biombos con representaciones de portugueses, holandeses, religiosos europeos de distintas órdenes, principalmente jesuitas (portugueses y españoles) que actuaban en el Japón y que eran considerados por los nativos como figuras raras y exóticas, tanto por sus características físicas como por sus indumentos, todo tan considerablemente dispar de lo japonés que consideraban a estos extranjeros como «los bárbaros occidentales de roja pelambre» e, indudablemente, de mayor talla física que la de los japoneses. Ese mundo estimado tan distinto de lo propio de aquellas tierras, fue tratado en interpretaciones históricas, narrativas con frecuencia, con evidente profusión, siendo testimonio de la curiosidad que despertaron en los japoneses.

Sus diferentes colores de tez y el rubio color de sus cabellos sirvieron de acicate, muchas veces, a que en ese testimonio figurativo se añadiese un cierto tono de humor, ese humor que tanto gusta al pueblo japonés en sus realizaciones pictóricas y dibujísticas, y que transformaba, en ocasiones, a esos extranjeros en curiosas caricaturas. Estampas y dibujos y, sobre todo, inmensos biombos, describían a esos personajes venidos de fuera, situándolos en el propio ambiente del país.

Pueden hacerse dos grupos bien claros separando a un lado las largas series de biombos pintados y al otro la extensa serie de objetos utilitarios y que, con frecuencia, se referían al culto cristiano, para el que, indudablemente, se hacían, tanto para el propio uso de los misioneros y conversos en el propio Japón como para ser trasladados a Europa.

Estos objetos, generalmente se decoraron con lacas, empleando fundamentalmente dos tipos de técnicas. De un lado la consabida y muy habitual laca «ro-iro», de un negro brillante, decorada con elementos figurativos u ornamentales en maki-e de

oro, casi siempre «fundame», y que correspondía a técnicas bien características de la época. Naturalmente, el soporte de esas cajas y objetos, era de madera, lo mismo que en las piezas del otro que eran decorados con una técnica mucho más efectistas, pues no sólo empleaba el fondo negro del «ro-iro» y la ornamentación en oro, sino que, para más enriquecimiento, se completaba con incrustaciones de madreperla, técnica ésta a la que pertenecen las piezas que luego voy a citar.

Esas obras se fabricaron en abundancia por orden, sobre todo, de los religiosos cristianos, constituyendo extensa producción de determinados tipos de objetos: atriles, indudablemente para el empleo durante los oficios religiosos más que para la simple lectura, ya que su finalidad religiosa la indican casi siempre los emblemas y símbolos cristianos que decoran el objeto. También cajas que, por la forma y decoración se comprende que son ostiarios, es decir, cajas para guardar las sagradas formas. Pero hay también gran abundancia de arcas y secreteres que, si bien muchos serían utilizados en las propias misiones cristianas del Japón, la mayor parte decididamente fueron hechos para ser enviados a Europa. Incluso, habitualmente, se les da la denominación de «arcas de iglesia». Muchas de ellas, sin duda, debieron ser encargadas para España y Portugal, donde todavía enriquecen buen número de iglesias y monasterios. Son dos los tipos más frecuentes aún cuando la decoración y composición de las mismas varíen en múltiples detalles. Esos ejemplos son, fundamentalmente, las arcas con cubierta curva semicilíndrica (todavía cabría hacer un subgrupo con las que tienen la cubierta plana) y las que abren por uno de los frentes largos para mostrar dentro armaritos y pequeños cajones, distribuidos completamente a la manera de los bargueños españoles, y, como en estos sucede, en ocasiones el tablero móvil se hace abatible para ser utilizado como tablero de escribir.

Hay otro tipo de obras, quizás el más curioso, en estas «lacas nambán» cristianas, que son las capillitas que en su centro tienen una pintura (y a veces esculturas), con puertecillas que permiten cubrir la pintura que, por cierto, en las épocas de persecución de cristianos en el Japón, se cubría la pintura con un espejo móvil, pero seguían conservándose las puertecillas ricamente decoradas, con una labor análoga a la de las arcas.

Toda esta producción, hecha con tanta frecuencia para la exportación, se puede situar cronológicamente en los últimos años del siglo XVI y los primeros del siglo XVII.

Seguramente queden aún por descubrir muchas de estas piezas en territorio hispánico ya que, probablemente, hubo muchísimas en los distintos monasterios e iglesias españoles, utilizándose con frecuencia para relicarios por lo que han permanecido en determinadas capillas-relicario de los templos peninsulares. Posiblemente fueran donaciones realizadas por familias a las que pertenecían algunos religiosos que fueron a evangelizar a Extremo Oriente, y, otras fueran traídas por los propios religiosos al regresar a sus tierras de origen.

Esa procedencia tienen, indudablemente, dos arquetas, ahora conservadas y expuestas en el Museo Diocesano de la Catedral de Pamplona, procedentes de la iglesia de Cortes de Navarra. Ambas cajas son muy similares entre sí pero no absolutamente idénticas.

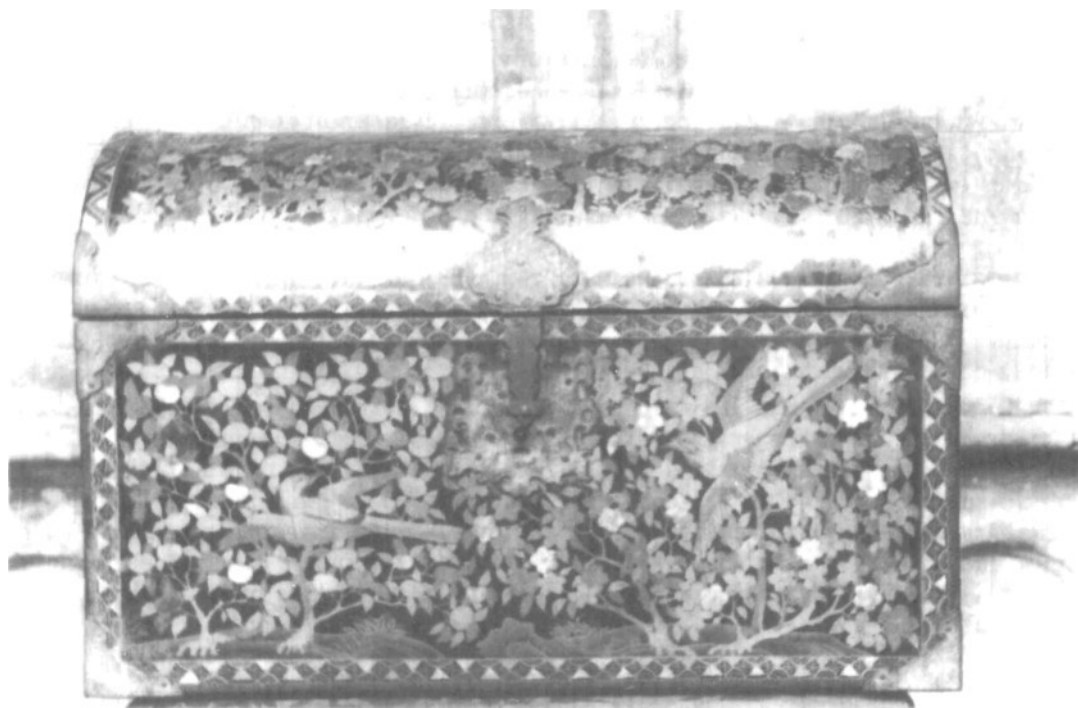
La primera de ellas tiene 47 centímetros de longitud por 23,5 centímetros de anchura y 30 centímetros de altura máxima ya que su cubierta es curva. El fondo de laca es negro y sobre él se extiende la decoración en oro («maki-e», fundamentalmente) con madreperla incrustada. Esta decoración cubre en modo continuo toda la superficie, sin compartimentarla, enriquecida con ramos y hojas entre las cuales hay representaciones de pájaros volando. En el interior de la tapa hay también decoración de ramas y hojas. Todos los rebordes de la pieza llevan una orla de bandas con motivos geométricos del mismo material que el resto. La guarnición metálica va finamente incisa. En el interior de la caja hay algunos deterioros y la tapa está suelta.

La segunda arca es algo mayor, de 51 centímetros de largo por 27,5 de costados y

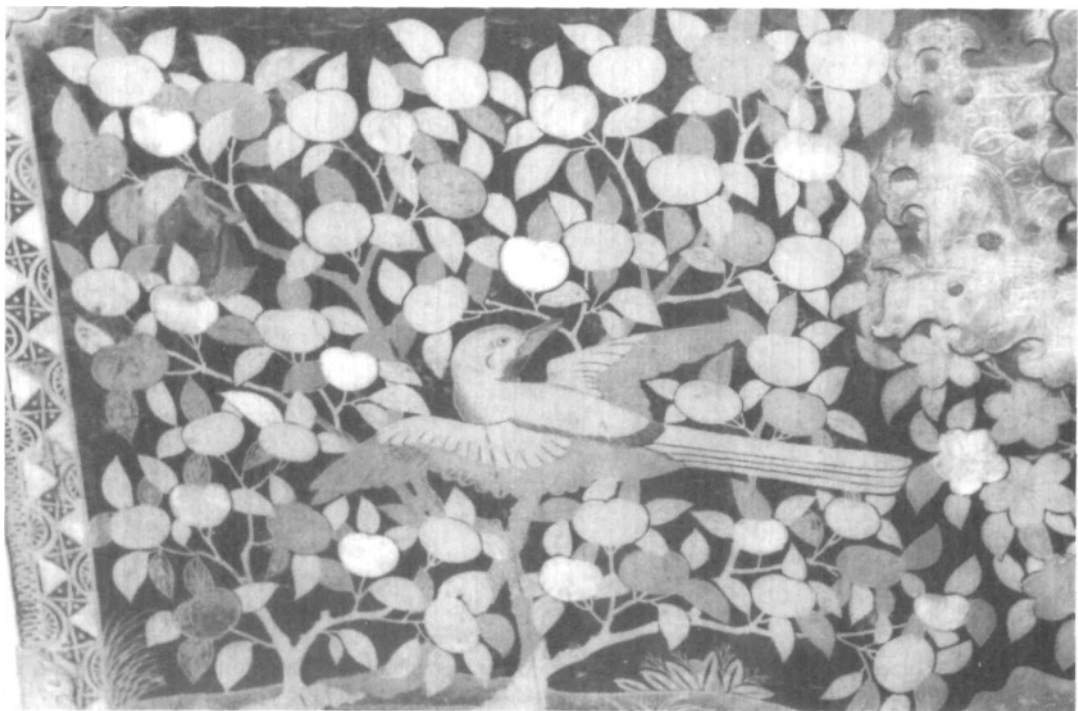
una altura máxima de 33,5 centímetros. La ornamentación es del mismo material y estilo de la anterior pero esa decoración aquí va dispuesta en compartimentos verticales separados por regletas incrustadas de madreperla. También su fondo es negro, con ornamentación en oro y madreperla. No posee representación de pájaros en el reverso pero, a cambio, en otras de sus superficies los pájaros han sido enriquecidos con detalles en rojo finamente realizados. Algunas hojas presentan ahora un color gris mate que indica que se utilizó «maki-e» de plata, hoy oxidado. El interior de la tapa, muy característico, siempre con la reiterada decoración de ramos y hojas. En su conjunto es más fina la decoración de esta segunda arca que la de la primera, especialmente en las orlas de los contornos y en algunos detalles. La guarnición metálica está completa y con decoración incisa. Y su estado de conservación es mejor que la comentada anteriormente.

Con posterioridad al insospechado hallazgo de estas dos arcas en el Museo de la Catedral de Pamplona descubrí otra similar, pero considerablemente menor, en una colección particular zaragozana. Y es curioso señalar que esta nueva arqueta la han traído sus propietarios a Zaragoza desde su domicilio de Pamplona, de donde son originarios. Con lo cual se advierte con claridad la reincidencia en este hecho de la importación de esas arcas japonesas, de las que sospecho puede haber otros ejemplares en Navarra. Y en la mayoría de los casos a través de los intercambios con la Compañía de Jesús, de tan profundo arraigo en el territorio foral¹.

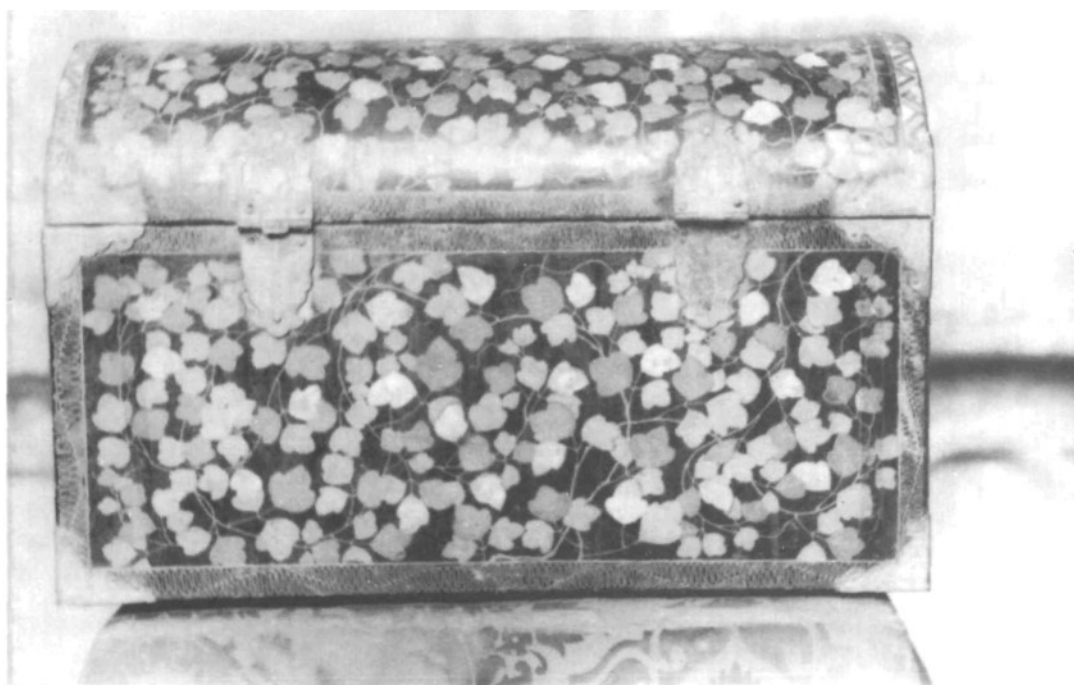
1. En Cortes de Navarra no se han hallado datos documentales. Don Jesús M.^o Omeñaca me comunica su hipótesis de que las dos arcas de la Catedral, que proceden de Cortes, pudieron llegar -a través de los jesuitas- a los Duques de Villahermosa, señores de Javier, emparentados con los Marqueses de Cortes, quienes pudieron haberlas donado a la parroquia. Encuentro plausible la hipótesis.



Cara frontal. Arca número 1. Museo Diocesano, Pamplona.



Detalle cara frontal. Arqueta número 1. Museo Diocesano, Pamplona.



Arqueta número 1. Cara posterior. MUSEO Diocesano, Pamplona.



Arqueta número 1. Costado. Museo Diocesano, Pamplona.

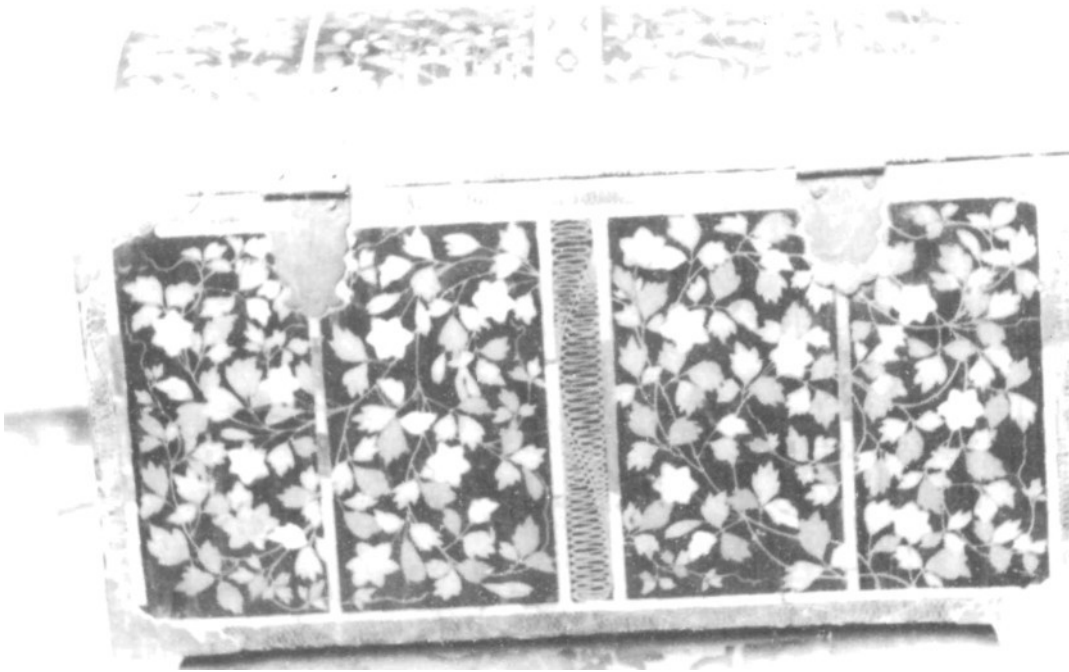


Arqueta número 2. Cara frontal. Museo Diocesano, Pamplona.



Arqueta número 2. Detalle cara frontal. Museo Diocesano, Pamplona.

DOS ARCAS «NAMBAN» JAPONESAS EN EL MUSEO DIOCESANO DE PAMPLONA



Arqueta número 2. Cara posterior. Musco Diocesano, Pamplona.



Arqueta número 2. Costado. Museo Diocesano, Pamplona.